

libro como precursor en la historiografía de la crítica literaria colombiana entre 1850 y 1950.

El matiz ensayístico que articula el libro posibilita una crítica dialógica en la que Jiménez no se limita a hablar acerca de las obras y los autores, sino que los coloca en igualdad de condiciones: aparte de reconocer sus méritos y dejar escuchar lealmente sus voces, polemiza con ellos y establece distancias, como en el caso de Rafael Maya, cuando, luego de haber resumido su pensamiento y citado sus textos, afirma: "Leer hoy la obra crítica de Maya obliga a tomar distancia, a discrepar con frecuencia, a resentir lo que sus afirmaciones tienen de anacrónico y de insostenible para un lector contemporáneo. Hoy es difícil adherir a esos principios absolutos del arte clásico: su vigencia eterna se nos aparece como una pretensión caduca".

Eduardo García Aguilar *Urbes luminosas*

México: Editorial Leega, 1991.
148 pp.

Edward W. Hood
Northern Arizona University

Con las interesantes y desconcertantes narraciones de *Urbes luminosas*, Eduardo García Aguilar (Manizales, 1953) agrega una nueva dimensión a su obra. Anteriormente había publicado un libro de leyendas mitológicas, *Palpar la zona prohibida* (1984), un estudio crítico sobre los primeros intentos cinematográficos de Gabriel García Márquez, *García Márquez: la tentación cinematográfica* (1985), y tres novelas: *Tierra de leones* (1986), *Bulevar de los héroes* (1987) y *El viaje triunfal*, ganadora ésta del premio Ernesto Sábato, para escritores colombianos, en 1989.

Urbes luminosas consta de veinticinco relatos cortos, divididos en tres secciones: "I. Orgías y maniqués", "II. Las buhardillas del fin del mundo" y "III. Stendhal y Flaubert en el estómago". Los títulos se refieren a temas y motivos recurrentes en el libro: la actividad sexual, la personificación de maniqués y otras máquinas, la literatura. El epígrafe: "El estatuto del extranjero es de verdad el único que hoy hace posible

vivir", del francés Paul Morand, anuncia un viaje, posiblemente de escape. Sin embargo, las escalas en el itinerario de este volumen —las fabulosas urbes luminosas del título— nos presentan los aspectos más feos y repugnantes de las grandes ciudades cosmopolitas y el lado más perverso del hombre moderno. Los diversos textos de *Urbes luminosas*, que llevan a su lector a los rincones más distantes y menos atractivos de nuestro mundo, por ser variados, desafían una fácil clasificación.

Muchos de los relatos son evidentemente autobiográficos. "Tjúeren Ferdinand" tiene como protagonista a un colombiano joven que trabaja durante cuatro meses como lavapiatos en un restaurante en las afueras de Estocolmo. "Plaza Río de Janeiro" acaso revive las experiencias personales del autor durante el terremoto que devastó la capital mexicana en septiembre de 1985. En la víspera del desastre, el narrador experimenta una premonición que plasma en sus escritos. El texto termina con las siguientes palabras: "El 19 de septiembre, los que nos salvamos de milagro en la colonia Roma, volvimos a nacer. Lo que en cierta forma es una variedad de la muerte" (129). A su vez, el narrador de "Crónica de la urbe luminosa" contempla la monstruosa capital mexicana desde el piso 28 de la Torre Latinoamericana.

A través del libro se encuentran alusiones a los problemas sociales y políticos de Colombia y otros países de Latinoamérica. En "Las primeras batallas del amor", que presenta la represión contra estudiantes universitarios, "el presidente Pombo, el cardenal Armadillo y el ministro de Defensa, el general Bello Uria", asisten al entierro de un caballo militar muerto por los estudiantes (46). El protagonista de "Las buhardillas del fin del mundo" observa "el fuego tenaz y nocturno que salía del Palacio de Justicia" (58). En "El gran show de Panamá", al describir un burdel local, el autor destaca la decadencia y la podredumbre del ambiente en la zona del canal. En "Crónica de Guatemala", un hombre que lleva dinero para la guerrilla ve, después de asistir a un concierto de música rock, cómo asesinan a su contacto en la calle.

El horror de la violencia que han sufrido Guatemala y El Salvador se describe en "Crónica de Guatemala" y "Diálogo con los zopilotes". En la primera, se capta la distancia y el desentendimiento de los inocentes visitantes: "La muerte rondaba por todas partes. En el mercado nadie se veía contento por la falta de clientes, las vendedoras le dijeron que ya los negocios no prosperaban, sólo algunos europeos y gringos 'invisibles' —invisibles porque ellos ni entendían ni eran víctimas de lo que pasaba allí— caían de vez en cuando

y huían de los guías desempleados, que como mendigos de Calcuta los perseguían por algunas monedas, hasta llegar al mercado, donde compraban productos de cuero o camisas bordadas con colores exóticos" (80). En "Diálogo con los zopilotes", un cuento kafkiano, el narrador hace una visita al horroroso Playón de la Muerte —lugar de depósito para los cadáveres de las víctimas de los escuadrones de la muerte—, donde siente que poco a poco se convierte en un buitre que busca la muerte.

No obstante su acento pesimista, en el libro también hay humor. Quizás el relato más divertido sea "Caribe express", en el cual un cachaco (acaso el escritor) describe la costa atlántica, desde Riohacha hasta Cartagena, recurriendo a la historia colombiana y a muchos de los personajes y episodios de las novelas de Gabriel García Márquez. Aquí la fusión de la literatura con la vida es completa.

A fin de cuentas, el exilio al que se refiere el epígrafe de Paul Morand es ilusorio, pues en todas partes hay problemas. Pero en todas también se percibe el apego de los seres humanos a la vida, el afán de sobrevivir y el anhelo de mejores mundos, de verdaderas urbes luminosas.



Germán Espinosa *La liebre en la luna*

Bogotá: Editorial Planeta, 1990.

Kurt L. Levy
University of Toronto

Este tomo, de título tan llamativo, abarca dos décadas de reflexión, con material presentado en forma de conferencias o publicado en diarios y revistas entre 1968 y 1988. Se trata de ensayos breves en su mayoría, vistazos estimulantes, ya sobre una corriente cultural o literaria, ya sobre el impacto de un escritor o de una obra clave. Diversos textos de literatura, filosofía y sociología universal inspiran estos ensayos sobre temas eternamente fecundos, como la relación entre historia y literatura o sociedad y literatura, el dilema de la *objetividad crítica*, el elemento creativo en el periodismo, la misión del literato, la dimensión onírica, el impacto contraproducente de los *mass media*, el romanticismo

y el modernismo o faros tales como Pushkin y Antonio Machado, Rulfo y Sábato. También se encuentran merecidos homenajes a dos poetas que me honraban con su amistad: León de Grieff y Jorge Zalamea, disidentes continuos, influencias decisivas para las letras colombianas en el siglo XX.

La liebre en la luna es un libro inteligente que define, a veces con ecos polémicos, *el oficio del escritor*. No hay que tomar demasiado en serio el aserto de Espinosa: "me incomoda incurrir en afirmaciones absolutas" (44), pues él no vacila en defender vigorosamente, y con documentación adecuada, sus obras (ver las referencias a *Los cortejos del diablo* y *La tejedora de coronas*). La observación "vivimos tiempos por esencia barrocos" nos conduce a la apología de las tendencias barrocas y de su propia creación. Espinosa rechaza el nacionalismo rígido ("nada hay sobre este planeta que sea extraño a América", 12), el izquierdismo, la oficialización ("toda oficialización es un sepeleo", 51), así como, de manera terminante, la alianza impía entre psicoanálisis y literatura (59) y la "masificación". Postula como factores potentes de su propia evolución, humana y literaria, las impresiones de niñez y ciertos aspectos de la cotidianidad. El interesante ensayo "El espécimen literario" nos ofrece reveladoras pistas sobre los albores de su vocación, con lecturas de la poesía renacentista, la prosa de Víctor Hugo, los escritos de Dumas padre, Dickens, Shakespeare, Goethe, Dante, "algo de Balzac" y, en Colombia, Castellanos, Rodríguez Freyre y, "ya con entusiasmo", Domínguez Camargo. La frase "Todos tenemos algo de qué vengarnos" es reveladora, ya que sugiere el móvil del escritor y trae a la memoria el ejemplo renombrado de Ruiz de Alarcón. Por último, la sección titulada "*De la musique avant toute chose*" demuestra el buen oído musical del autor.

El ensayo inicial del tomo trata el fenómeno fascinante de la universalidad de ciertos tópicos populares. Se podría completar no sólo con la fuente bibliográfica, tan fecunda como imprescindible, de Stith Thompson (*Motif Index of Folk Literature*, 1932-1936), sino, sobre todo, con una de las versiones más célebres de la parábola de "Los tres anillos", la que incorpora en su drama *Nathan der Weise* el dramaturgo alemán Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781). Huelga anotar que los ecos temáticos son infinitos y que la originalidad literaria se define más en términos del cómo que en los del qué. Acierta Alexander Pope al afirmar: "True wit is nature to advantage dressed/ What oft was thought but ne'er so well expressed".